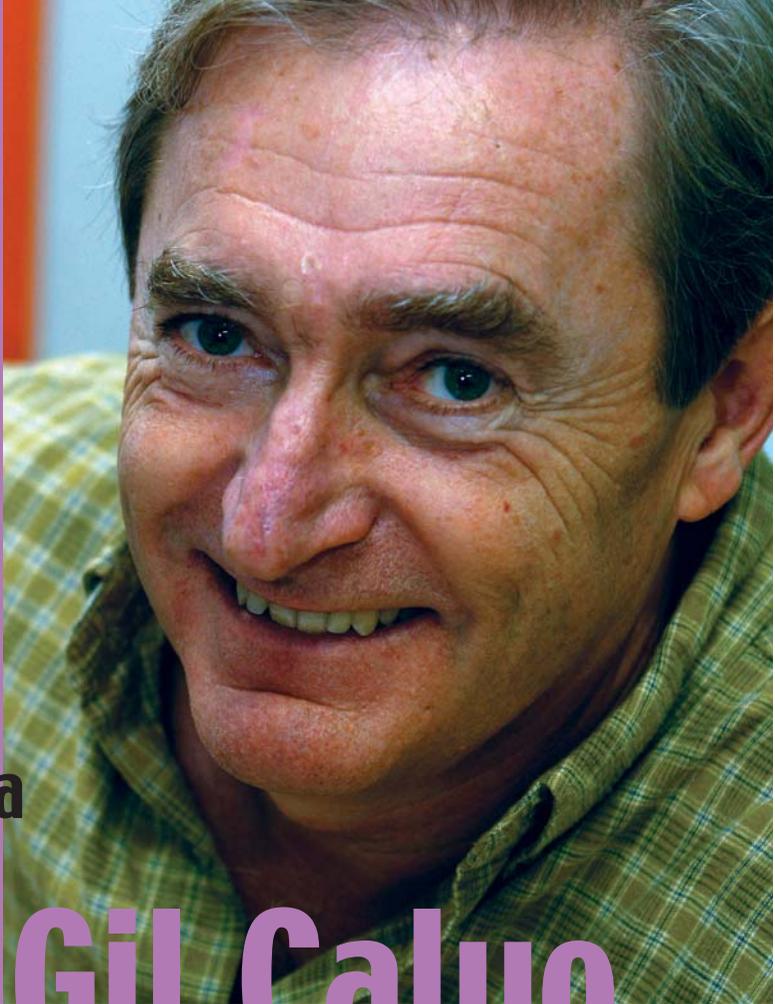


>> entrevista

El sociólogo Enrique Gil Calvo, siempre atento a los cambios que se operan en nuestro entorno, hace un repaso por las vicisitudes que nos depara una vida más longeva, por el nuevo perfil de la sociedad multicultural y por el papel de las ONG en el tejido social

Profesor de sociología Enrique

Gil Calvo



¿Qué hay de realidad en la sensación de que nuestra sociedad está cambiando demasiado rápido?

Esta sensación es una constante, lo que sí es nuevo es la velocidad a la que está cambiando. También influye el aumento de la longevidad de la población. Al vivir más años se tiene más tiempo para percibir los cambios. Cuando se vivía 30 años sólo tenías el término de comparación de adulto a cuando eras niño, pero si vives 80 años, la sociedad no se parece en nada a la que tenías a los 70 y se tiene una mayor percepción del cambio, tanto de los cambios públicos como de los personales.

No hace mucho a los 30 años se había llenado la vida como ahora con 80.

Anteriormente, a los 20 años ya te habías jugado la vida y a los 25

>> Perfil de una vida

Profesor de sociología en la Universidad Complutense de Madrid.

Ha escrito numerosos artículos y libros entre los que destacan "Nacidos para cambiar. Cómo construimos nuestras biografías", "El poder gris, una nueva forma de entender la vejez" y "El miedo es el mensaje", sobre los medios de comunicación y la opinión pública.

Galardonado con los premios Anagrama de Ensayo (1976) y Espasa (1991).

estaba escrito tu destino. En la juventud se concentraba la lucha por la vida y lo que se conseguía era para siempre. Ahora no, ahora lo que consigues de joven te dura muy poco, el primer trabajo

se pierde, la formación tienes que reciclarla, cambias de familia, de pareja, de ordenador... cambias de todo constantemente.

¿Estamos alargando las etapas de la infancia, la juventud...?

Ahora se te permite experimentar antes de comprometerte. Por eso se retrasa tanto la llegada a la edad adulta. Yo mismo, antes de empezar mi carrera en sociología, intenté unas cinco cosas, ser director de cine, pintor, escritor, filosofía... puedes hacer muchos simulacros antes de comprometerte de verdad, en el grado que decidas y no con compromisos duraderos sino revocables. Eso sólo es posible porque la vida dura mucho.

Por esto también ha cambiado la etapa en la que tiene lugar el envejecimiento.

»» *El mestizaje será una destilación química mediterránea* »»

Ahora los adultos son más parecidos a los jóvenes en el sentido de que tienen que seguir siendo capaces de cambiar de empleo o de pareja ... y a los mayores, más pronto o más tarde, también les va a llegar. En lugar de ver la vida como un retiro en el que disfrutar de lo que acumulaste en tu etapa activa, dentro de poco la vejez se redefinirá como una etapa de reactivación y no de pasividad, a la luz de la experiencia acumulada y como realización de experiencias nuevas.

¿Se alargará la situación de competitividad?

El exceso poblacional es un arma de doble filo, por una parte se incrementará la competitividad, por las pensiones, por los servicios, etc. Pero el ser muchos también da la fuerza democrática de la mayoría. Si se saben coordinar y organizar, tendrán una potencia, un poder bastante capaz de lograr cosas. Cuando sean el mayor número de consumidores, se impondrá la dictadura del consumidor anciano.

También la sociedad se rejuvenece con quienes vienen de otros países ¿No?

Se está difundiendo desde los medios de comunicación una percepción de alarmismo frente a la inmigración, y no sólo los medios, lo hacen también los políticos interesados en cambiar la legislación sobre inmigración. Pero al margen de periodistas y políticos la sociedad siente, no miedo, pero sí cierta incertidumbre debido a lo súbito y lo reciente del cambio,

porque el número de inmigrantes que llegan va creciendo en los últimos años. Este país estaba acostumbrado a una emigración, hasta el año 75, que salía a Europa o la residual que quedaba en América Latina y, en muy pocos años la proporción de foráneos ha subido muy precipitadamente.

Y esta velocidad parece que nos ha cogido un poco desprevenidos.

No estás preparado, y eso que la cultura española, como todas las mediterráneas, siempre está dispuesta a acoger a forasteros pero ha sido como si la casa estuviera preparada para 10 invitados y llegan 40. No sabes qué hacer. Y esto no afecta sólo a la percepción psicológica de los autóctonos sino al ritmo de crecimiento de los Servicios Sociales de acogida que no pueden crecer en el orden que se necesitan y se llega a la competencia entre demandantes autóctonos de servicios de protección e inmigrantes, que por su propia naturaleza de excluidos de su país de origen, con hijos pequeños, se convierten en demandantes de servicios sociales de derecho, puesto que pagan sus impuestos, aunque sea indirectamente. Este es el otro problema público, mitad económico y mitad político: cómo hacer frente a la infraestructura social de la población para poder acoger a todos.

¿Cuál es entonces nuestro futuro como sociedad multicultural?

Yo confío mucho en el espíritu fes-

tivo. Las poblaciones anglosajonas y protestantes, que son sociedades multiculturales, lo han resuelto muy bien: han dado una buena acogida pero sólo en lo material, que es justo lo que nos falta. A diferencia de ellos, nuestra tradición festiva de cultura pública, callejera, común al Islam en la rive-ra sur del Mediterráneo, la cultura del zoco, la plaza del pueblo, que es donde conviven poblaciones heterogéneas, la tradición del mercado donde se juntan las edades, los sexos, las culturas, los ricos y los pobres, ese espíritu de convivencia que tiene la cultura mediterránea puede lograr una coexistencia posible.

¿A diferencia de qué otros países?

Los suecos, que son un buen ejemplo en la acogida de inmigrantes, han construido sin embargo un apartheid disciplinado y políticamente correcto. Los Ángeles, otro ejemplo, es una ciudad más mixta, pero con el carácter anglosajón han logrado una coexistencia con problemas de violencia. La posibilidad del mestizaje o el cruce de culturas sería una destilación químicamente mediterránea.

Las organizaciones del tercer sector podrían ejercer ese papel mediador.

Estas organizaciones tienen varios peligros, para mí uno de ellos es que son relativamente arbitrarias, porque al no estar sobre el derecho público –todos somos iguales ante la ley– actúan un poco a su buen entender, sin

llegar a todos los casos y siempre quedarán bolsas que escapan fuera de su atención. El sector público sí que es universalista y se debería estar más en consonancia con él para que nadie se quede sin protección, porque si sólo se dedican a lo que está de moda –hoy África, mañana los ancianos...

Sería que su trabajo está sometido a impulsos, ¿no?

Sí. Y esto se relaciona con el otro problema, y es que están en dependencia de la opinión pública y se actúa en lo que entienden como políticamente correcto. En definitiva, dependen del mercado periodístico y tienen la tentación de recurrir a estrategias de marketing, porque para buscar financiación tienen que proponer planes de actuación vistosos, mediáticos y comunicativos que puedan vender, y esto los puede hacer caer en el puro espectáculo efímero.

¿Deberían, en cambio, influir en la toma de decisiones públicas?

Deberían tener un margen de maniobra que les permitiese actuar incluso en contra de la opinión pública. No buscar la popularidad a cualquier coste. Y es que el repunte del tercer sector se debe a la caída de popularidad de las instituciones interesadas: políticos, sindicatos, agencias gubernamentales, incluso la propia democracia, y lo público no vende, es impopular porque parece que es corrupción.

En suma, hay instituciones que han caído en el descrédito y, reactivamente, la gente ha ido al tejido desinteresado como las ONG o el voluntariado.

Si las personas mayores se saben coordinar y organizar tendrán un poder bastante capaz de lograr cosas



Una buena oportunidad para la sociedad civil, ¿no?

Pero tiene su peligro, porque, superada esta crisis, ¿y si recupera su supremacía el Estado? ¿Y si recuperan su crédito la política, los partidos y los sindicatos? ¿Volverán al agujero las ONG? Están un poco en dependencia de la opinión pública lo cual es peligroso para la propia prestación de los servicios. Tienen que ser más continuistas, más inmunes al cambio y las modas de la popularidad.

¿Por qué percibe que no lo son?

Porque, por ejemplo la Iglesia, que en mi infancia mandaba misioneros, se suponía que lo hacía no porque estuviese de moda sino porque era su misión, popular o impopular, daba igual, lo hacía per-

manentemente porque lo tenía que hacer. Y esto sería lo que deben hacer las instituciones del tercer sector, institucionalizarse en el sentido de hacerse resistentes e inmunes a los cambios en la opinión pública, que sólo se deja llevar por la espectacularidad, porque si no lo hacen están condenadas a ser instituciones efímeras.

¿Deberían ser creadores de opinión pública?

Yo lo veo muy difícil. La opinión pública la crean los órganos de opinión pública. Sería como cuando la Iglesia perdió feligreses y la izquierda quiso vender la revolución como una teología. La existencia de los híbridos es muy complicada. Yo creo que una institución prestadora de servicios y de mediación, que ayude a que la gente aprenda a convivir, tiene que profesionalizarse, no en el sentido de hacerse mercenaria, sino en el sentido de hacer bien su tarea. Buscar la calidad y la excelencia profesional siendo los mejores aunque no haya cámaras de televisión.

¿Es consciente la opinión pública de ese peso específico que tiene?

No, porque la opinión pública no es nadie, es el agregado fortuito de las interacciones entre la gente, entonces es imprevisible. Por definición es una institución volátil, es efímera, está destinada a cambiar, las noticias por definición al poco tiempo dejan de ser noticias. Para trabajar con la opinión pública hay que aprender a trabajar con elementos volátiles.

Texto Isabel Sopranis

Fotos: Quique Fidalgo